

LAS JURAMENTACIONES

Personajes

AURELIA de IBARRA, 58 años
FLORENCIA de IBARRA, 54 años
CAMILA de IBARRA, 52 años
MARIANA de IBARRA, 20 años
ELODIA ZATARÁIN, 53 años
VOZ DE MANUELA

ESCENOGRAFÍA

Biblioteca elegante. Todas las gavetas, los cajones y las puertas de los estantes tienen llave. Hay mesas, consolas, figuras de porcelana, lámparas, quinqués y un biombo con hojas de cristal en donde se hallan talladas las figuras de las musas.

Al abrirse el telón está Mariana colgando un cuadro en la pared. Es un retrato al óleo de doña Cornelia de Ibarra. Florencia está mirándolo desde diferentes ángulos para cuidar que quede derecho. Todo a señas, sin hablar. Mariana se baja de la mesa y ambas miran el cuadro. Mariana le dice algo a Florencia en voz baja y luego sale. Florencia se queda viendo el cuadro. Todas las mujeres que participan en esta obra, a excepción de Elodia, traen varios llaveros repletos de llaves atados a la cintura. De estas llaves, Florencia toma una y abre una de las puertas del librero. Saca un libro empastado en piel, es el Manual de Urbanidad, de Lucas Rodríguez y Galván. Lo abre y cae una hoja de papel doblada al piso. Es una carta. La recoge y la lee con gran asombro. Mira también con asombro a la mujer del cuadro que acaban de colgar. Se oyen los pasos de Mariana. Florencia se guarda la carta, acomoda el libro en su lugar y cierra el librero con llave. Disimula. Entra Mariana con un vaso de agua. Lo coloca como una ofrenda debajo del cuadro.

MARIANA: *(Al cuadro.)* ¿Qué te falta Ángel Martínez?, guapo eres...

FLORENCIA: ¡Mariana! ¿Se lo dices a Cornelia?

MARIANA: Tía, es que...

FLORENCIA: ¿Ángel Martínez?

MARIANA: De cariño, tía, para la abuela más grande que ha habido sobre la tierra.

FLORENCIA: ¿Sentido común, a una persona juzgada por el Señor?

MARIANA: Tía...

FLORENCIA: ¿Ángel Martínez...?

MARIANA: Es que lo tiene todo, como él; no le falta nada: sus hijas, sus nietos, su cuadro... Ya está el agua, tía.

FLORENCIA: Y las mujeres, ¿vienen?

MARIANA: No tardan. *(Pausa.)* Tía, ¿así como en el cuadro es el último recuerdo que tienes de ella?

FLORENCIA: Más contenta.
MARIANA: ¿... Cuando estaba muerta...?
FLORENCIA: Sí.
MARIANA: ¿La viste mucho?
FLORENCIA: Horas y horas. Le di luego un beso.
MARIANA: ¿Y... se reía?
FLORENCIA: ¿Qué?
MARIANA: ¿Sonreía?
FLORENCIA: Murió en paz.
MARIANA: Damián dijo: “Se ríe Mariana, ve a verla, se está riendo como todos...”
FLORENCIA: *(La reprende.)* ¡Mariana!
MARIANA: ¿Es cierto que la gente oye todavía muchas horas después de que ha muerto?
FLORENCIA: No sé, debe ser horrible, no quiero que así sea.
MARIANA: ¿Por qué? ¿Por lo que gritó mi papá?
FLORENCIA: Gerardo sintió su muerte tanto como nosotras; en esos casos la gente casi pierde la razón... pero, todos tenemos gran paz interior porque estuvimos con ella hasta en sus últimos momentos. Nunca le hizo falta nada, absolutamente nada, y nada tuvo que sentir de sus hijos.
MARIANA: ¿Sonreía, tía?
FLORENCIA: Murió feliz, rodeada de todos sus hijos, eso tú lo sabes. *(Suspirosa.)* Sólo le faltó Eusebio porque no pudo salir del convento. Parecía una santa... Fue una santa, *(entra Camila)* de esas que hacen milagros todos los días con el pan y con la sal.
CAMILA: ¡Ay no!, ese cuadro está muy alto, además no está derecho; a ver, tú, Mariana, enderézalo.
MARIANA: ¿Para dónde tía?
CAMILA: ¿Qué no lo ves?, pero si la luz natural te está diciendo para dónde.
MARIANA: Nosotras vimos...
CAMILA: Florencia es una chiquita.
FLORENCIA: ¡Ay, no trajimos con qué encender las velas! Regreso en un momento. *(Va a salir. Desde la puerta.)* Mariana, arregla el cuadro para donde te diga tu tía Camila. *(Sale. Mariana sube de nuevo a la mesa para arreglar el cuadro.)*
MARIANA: ¿Así, tía?
CAMILA: Para el otro lado, niña.
MARIANA: Usted dígame. ¿Así, así, así?
CAMILA: Así, allí está bien. ¡Ay, no! Ese cuadro hay que bajarlo más, está muy alto.
MARIANA: *(Se baja de la mesa.)* Tía, ¿es cierto que mamá Cornelia se murió riendo?
CAMILA: ¿Qué?
MARIANA: Que si se reía en el ataúd.
CAMILA: ¿No la viste tú?
MARIANA: A mí los muertos... no me gusta verlos, me dan miedo.
CAMILA: ¿También Cornelia? *(Mariana asiente con temor.)* ¿No te dijo tu padre que le dieras un beso?
MARIANA: No, tía, no me dijo nada.
CAMILA: A los muertos, en la familia, se les besa la frente; tu padre lo hizo.

MARIANA: Se pasó mucho tiempo viéndola dentro de la caja, le besó la frente, parecía que rezaba y luego empezó a gritar.

CAMILA: No importa, porque cuando gritó no había ningún vecino, sólo estaba la familia y esas cosas, tú ya lo sabes perfectamente, no se cuentan. Las cosas de la familia quedan en la familia, y cuando las gentes preguntan...

MARIANA: "... No sé, quien sabe; no sé, quien sabe y no sé, quien sabe hasta que las gentes se cansen de preguntar."

CAMILA: Así es. *(Entra Florencia con una vela encendida y la coloca debajo del cuadro. Luego entra Elodia. Este personaje habla a veces en un tono lloroso y luego pasa a hablar normalmente sin ninguna transición.)*

ELODIA: *(En tono lloroso. Se refiere al cuadro.)* ¡Qué linda quedó, con sus ojos color miel y su pelo blanco! ¡Ay querida, no somos nada querida, no somos nada! *(En tono normal. A las mujeres.)* Ya le dije a Emilia, queridas, que ninguna de las joyas de doña Cornelia se va a vender; ella quiere que les insista en la gargantilla ámbar; ustedes, queridas, díganle, ya ven que ella...

CAMILA: Eso está decidido, Elodia.

ELODIA: *(En tono lloroso. Al cuadro.)* Ve a tus hijas, querida, cómo te quieren, ¿eh, querida? Ni un minuto te dejaron sola, y cualquiera hubiera dado la vida por ti, querida. *(A las mujeres.)* La gargantilla la quiere Emilia y tú sabes, Emilia, querida, más que una simple vecina es como una hermana; mira querida, ella me recomendó mucho que se la consiguiera, que fue de su bisabuela, dice, y mira, querida; allí está Emilia para todo y lo que nos falta, ella lo tiene. Tobías, tú ya lo sabes, echado, borracho, sin saber lo que pasa en el mundo y Emilia allí, como si fuera de la familia, sosteniendo el punto y... quiere la gargantilla; la compra querida...

AURELIA: *(Quien acaba de entrar. Desde la puerta.)* ¿Cuál gargantilla, Elodia? *(Elodia descubre con asombro a Aurelia, quien todavía se encuentra en el umbral de la puerta de la biblioteca. Luego entra y se pasea en silencio. Mira a Elodia y a sus hermanas.)*

ELODIA: *(En tono lloroso. Al cuadro.)* ¡Ay, querida!, tus hijas, mira querida a tus hijas, ¿eh?

AURELIA: ¿Cuál gargantilla?

ELODIA: *(A Aurelia. En tono normal.)* ¡Ay, Aurelia!, querida, mira, tú sabes, Emilia allí, ¿no?, sosteniendo el punto, pues, querida; y tu hermano Tobías borracho sin saber qué hacer con la poca vida que le ha de quedar al pobre. Y se pasa los días mirando para el cielo a ver qué le cae... "¡Hombre!", le digo yo, "ya no bebas tanto" y mira, él, tú lo sabes, requintándose la panza de vino y mirando nomás cómo se trepan los gusanos por los tallos del maíz, luego los baja con un palito para ver cómo se vuelven a subir y así, hasta que Dios manda que el sol se ponga. Y Emilia allí, con el plato de sopa; que los frijolitos, el güesito de pollo, para que trague el hombre. Ella, querida, me dijo con mucha pena que la gargantilla de doña Cornelia, la de color ámbar, que había sido de su bisabuela, me dijo, que si la vendían querida, ella, pues...

CAMILA: Hasta el momento, ¡Bendito sea Dios!, no tenemos necesidad de vender nada...

AURELIA: Dásela.

CAMILA: ¿Qué?

AURELIA: Dale, tú, Camila, la gargantilla para que se la lleve a Emilia. *(A Elodia.)* Dile que le agradecemos todo lo que hace por Tobías y que es un regalo que le hubiera hecho Cornelia.

CAMILA: ¡Ay, Aurelia, no podemos empezar con esa bonanza!

AURELIA: Era de la bisabuela de Emilia, se la regalaron a Cornelia cuando los asuntos del traslado en agradecimiento porque recibió a toda la familia en nuestra casa cuando vivíamos en Batacudea.

ELODIA: *(En tono lloroso. Al cuadro.)* ¿Eh, querida? ¡Tus hijas, queridísima de su madre!

AURELIA: Tráesela, Camila, por favor.

ELODIA: *(A ellas.)* No, querida, mañana, otro día, después; yo no me voy a ir ahorita, me dijeron lo del juramento y le dije a Tobías que regresaría hasta mañana, ya ven las oscuranas que hay por allá donde vivimos, los borrachos, los perros... Y si no, que venga Emilia por ella, queridas; por cierto que se quedó con el pendiente del hombre, me dijo que le iba a dar vueltecitas hoy en la noche por si le agarraba la asfixia.

FLORENCIA: ¿Siguió Tobías con la asfixia?

ELODIA: Pues le da a ratos; y yo le digo: “Mira Tobías, vamos a casa de tus hermanas”; que venga para acá con ustedes queridas, aquí tiene cuidados y la tragazón; pero no quiere, sólo dice: “No, no”, resoplando con esa voz ronca que tiene que a cualquiera le da miedo. Después clava la vista en el piso, como si atravesara con la mirada toda la tierra, y luego vuelve a los gusanos.

AURELIA: *(Suspirosa.)* ¡Otro que no supo aprovechar su vida! ¡Otro! *(Pausa larga.)* ¿Ya está el agua?

MARIANA: Sí, tía.

AURELIA: Bueno, bueno, bueno. *(Escrutando muy bien el rostro de las demás.)* Todas estamos de acuerdo que la familia es el núcleo más importante al que pertenecemos. Nuestro compromiso más fuerte, está allí; con la familia y todo lo demás bien puede rodar. Los que llegan a la familia por el matrimonio son extraños y como extraños se tratan; salvo Elodia, que fue una hija para Cornelia y una hermana más para nosotras. Quiero que juremos, aquí, frente a Cornelia, que tenemos que luchar por la unión familiar cueste lo que cueste: los extraños; son extraños, y la familia; es la familia. Luego de la muerte de ella, *(señala el cuadro,)* las ataduras familiares se han venido aflojando un poco, pues allí hay que apretar nosotras las mujeres, las únicas que hemos servido en esta familia. Juremos... *(Tocan a la puerta.)* Juremos todas que... *(Tocan de nuevo.)* Tocan, ¿verdad?

CAMILA: No hay que abrir.

FLORENCIA: ¿Quién podrá ser a tan altas horas de la noche? *(Tocan.)*

ELODIA: Ay, queridas, tal vez Tobías se haya puesto malo y con seguridad que Emilia mandó a alguien, voy a ver yo...

FLORENCIA: ¡La mano poderosa del Señor! Yo voy contigo mujer, ya ves lo miedosa que eres y el patio está muy oscuro. *(Salen.)*

CAMILA: *(Hacia la puerta.)* No se tarden. *(Pausa.)* ¿Por qué Elodia está en esto? Ya te sacó la gargantilla para que Emilia los siga manteniendo más tiempo y ellos muy a gusto sin trabajar. Digas lo que digas, Elodia es una extraña.

AURELIA: Ninguno de los hombres puede venir.

CAMILA: ¡¿Para qué sirven éstos?! Nomás para dar mortificaciones. ¿Cuándo Tobías hizo algo que sirviera? Alcohol, cantinas, mujerzuelas... y a esta pobre tonta de Elodia que por lo menos lo soporta la trata con la punta del pie.

AURELIA: Por eso Elodia está aquí, y Mariana por su padre.

CAMILA: ¡Gerardo, otro inservible! *(Entra Elodia. Viene corriendo. Atemorizada.)*

ELODIA: ¡Ay, queridas, Eusebio, queridas, es Eusebio! Está allá afuera, en la calle, quería hablarles...

AURELIA: ¿En la calle?

ELODIA: *(Asiente.)* Florencia está con él.

CAMILA: ¿Y por qué no pasa?

ELODIA: No quiso, queridas, no... *(La ahoga el llanto.)*

AURELIA: Vamos a ver, Camila. *(Salen Aurelia y Camila. Pausa larga. Elodia se ve deshecha.)*

MARIANA: ¿No dijo nada mi tío Eusebio? ¿Por qué no quiere entrar? *(Pausa. Al ver que no responde.)* Debe estar triste porque no pudo estar en el entierro de mamá Cornelia.

ELODIA: *(Solloza.)* Sí... creo que sí...

MARIANA: Mi tío Eusebio decía que esta casa sin ella no sería la misma casa.

ELODIA: ¡Ay, querida!

MARIANA: Estás muy pálida tía Elodia, ¿no quieres hablar? ¿Qué pasa?

ELODIA: *(A punto del llanto.)* ¡Me estoy ahogando, querida, ahogando! *(Suelta el llanto, pero contenidamente.)*

MARIANA: ¿Quieres agua?

ELODIA: *(Asiente. Mariana toma el agua que puso debajo del cuadro y se la ofrece. Elodia bebe. Respira.)* Es el agua de Cornelia.

MARIANA: Después traigo más para ella.

ELODIA: Viene borracho, querida. Dejó el convento.

MARIANA: *(Consternada.)* ¿Borracho? ¿Mi tío Eusebio? ¡No es posible! ¿Dejó el convento? ¡No, no puede ser! Pero si mi tío es el ejemplo de la familia.

ELODIA: Dicen las gentes, querida, que esta es una familia de ejemplos.

MARIANA: Voy a verlo.

ELODIA: ¡No, querida, no querida, deja que vengan ellas! *(Pausa.)* Insultó a Florencia y vino a jurar que nunca volvería a verlas. Dijo que no quiere que crean en falsos santos y que Cornelia, su madre, querida, lo había encerrado a fuerzas en ese convento.

MARIANA: Eso no es verdad, él estaba contento, yo lo fui a ver, él venía a veces... Pero si hace unos días que...

ELODIA: Que el ejército o el convento... *(Entra Florencia. Viene muy apesadumbrada. Se pasea por la biblioteca. Se queda mirando el cuadro.)*

FLORENCIA: ¡Los de Ibarra! ¡Tu obra, Cornelia!

MARIANA: ¿Se fue?

FLORENCIA: *(Llorando.)* Para siempre.

MARIANA: ¿Y mi tía Camila y mi tía Aurelia?

FLORENCIA: Allí van, detrás de él, pidiéndole que vuelva. ¡La mano poderosa del Señor! ¡Qué van a decir las gentes cuando lo sepan!

MARIANA: Pero... no deberían seguirlo.

FLORENCIA: *(Retándola.)* ¡Convéncelas! *(Pausa.)* Mariana, prepáranos un poco de café, tú tienes llaves de la cocina y de la alacena, ¿verdad?

MARIANA: Sí, tía. *(Sale.)*

FLORENCIA: ¿Qué te parece Elodia? Suena como a mentira y acaba de estar en la puerta. Llegó como esas apariciones malditas que contaba Cornelia y se fue.

ELODIA: ¿Y qué dicen las otras, querida? ¿Cómo se sienten?

FLORENCIA: No se lo dijo a ellas, no lo quiso repetir. También él se estaba ahogando como tú y yo nos ahogamos ahora. Se fueron detrás de él, pero ya no hablaba, se había ahogado con sus palabras.

ELODIA: Querida, esto yo no me lo esperaba. Cornelia, ¿eh, querida?

FLORENCIA: Y si ellas no llegan a saberlo, habrá que dejar las cosas como están. Las trataremos como a extrañas: no sé, quien sabe y no sé, quien sabe...

ELODIA: Hasta que se cansen de preguntar. *(Pausa.)* ¿Y el núcleo familiar?

FLORENCIA: Hay, también, la posibilidad de cambiar un poco las cosas. Yo no puedo repetir lo que Eusebio dijo, tendría que estar completamente trastornada para poder hacerlo. Vamos a decirles que fue una manda que prometió Cornelia cuando iba a nacer Manuela; ya sabes que Cornelia se vio muy mala y que se encerró los últimos tres meses antes del parto en una recámara y no volvió a salir de allí hasta que iba a dar a luz.

ELODIA: No, querida, no sabía.

FLORENCIA: Pues así pasó. Nosotras éramos unas niñas; pero son cosas de las que uno se llega a enterar. *(Pausa.)* Diremos que Cornelia lo ofreció como una manda para que se dedicara al servicio de Dios, en el convento o el seminario, con tal de que la niña que iba a nacer no se perdiera... y que Eusebio considera que no era justo que lo encerraran por culpa de una hermana que está loca, además es la verdad.

ELODIA: Querida, pero esa palabra "loca" no le gusta a nadie en esta casa y, no van a creer, Cornelia no era nada religiosa.

FLORENCIA: Cuando éramos niñas sí; era muy religiosa; luego perdió la fe, no sé por qué causa. Parece que allí vienen ya, gracias a Dios. *(Entra Aurelia, se dirige al librero. Saca las llaves y lo abre.)* ¿Y Camila?

ELODIA: Manuela despertó con los toquidos de Eusebio; fue a acostarla.

FLORENCIA: Voy a ayudarle. *(Sale. Aurelia saca el libro Manual de urbanidad.)*

AURELIA: *(Lee como para sí misma.)* "Conducta en sociedad. Cuando la persona que llama a la puerta, debe por su posición social u otras circunstancias, tributar un especial respeto a los dueños de la casa, tocará siempre con poca fuerza... los toques a la puerta se repetirán con intervalos... guardémonos de tocar nunca fuertemente a la puerta de una casa..." *(Cambia de página.)* Ciento sesenta y nueve. "No es propio de las personas finas y bien educadas el presentar a las señoras durante un espectáculo gran cantidad de dulces o frutas." Artículo sexto. Del modo de conducirnos en los establecimientos públicos... *(Repasa toda la página con la vista.)* ¿Te dice algo a ti todo eso, Elodia?

ELODIA: No, querida, ¿qué es?

AURELIA: Es el Lucas Rodríguez y Galván *(Suspirosa.)*, *Manual de Urbanidad*, es... el orden ¡vaya! en el que nos organizamos. Seguro que tú tienes el tuyo; era el regalo de bodas que siempre hacía Cornelia a cualquiera de la familia que se casara.

ELODIA: Ay, querida, yo querida, la verdad, me aburría y nomás leí lo de la comida, porque ya ves cómo era Cornelia en la mesa, querida, que no había que recargarse en el respaldo de la silla, que los cubiertos deben de ir así o así: que las dos manos arriba,

sobre el mantel, y que los hombres jamás deberían de levantarse de la mesa para nada, y qué esperancitas que alguno de ellos atravesara siquiera por la cocina; a los hombres todo se les daba en la mano.

AURELIA: Así era Cornelia. *(Ensayo una amplia sonrisa.)* Un día que vino a comer una prima lejana de ella, que vivía en un rancho, nos sentamos todos a la mesa bien trinchada y Liduvina, que así se llamaba su prima, volteó a ver a Cornelia como implorando clemencia y le dijo: “Ay, prima, pos pa’qui me ponen a mí ‘stos fierros pa’ comer si yo no siusarlos”. Y todos soltamos la risa, pero a una mirada de Cornelia, como diciendo: “quiubo”, se hizo el silencio y Liduvina ni se inmutó siquiera y comió con las manos. Y había otras parientes que venían y querían hacerse pasar por elegantes y no sabían ni siquiera distinguir el trinche del pescado del de las carnes. *(Pausa.)* ¿Te dice a ti algo?

ELODIA: ¿El trinche de las carnes?

AURELIA: No, mujer, lo que te leí del Rodríguez y Galván.

ELODIA: Nada, querida, nada.

AURELIA: *(Como para sí misma.)* ¿Qué habrá querido decir Eusebio?

ELODIA: ¿No se los dijo a ustedes?

AURELIA: ¿Decir? ¿Qué?

ELODIA: Nada, querida, es que no entendí muy bien, dijiste, qué habrá querido decir Eusebio y... pues, como se quedaron con él... yo pensé...

AURELIA: Lo único razonable que nos dijo fue: “Miren la página 169 ó 269”, no entendí muy bien cuál de las dos, pero en ninguna hay nada relevante, no son más que artículos que conozco de memoria... *(Guarda el libro. Cierra el librero con llave. Pausa.)* ¿A ustedes qué les dijo?

ELODIA: Yo, querida, estaba muy asustada y preferí retirarme un poco; eso de la discreción, ya ves querida que ustedes me decían que yo era fisgona y no me gusta oír; pero oí tantito...

AURELIA: ¿Qué oíste?

ELODIA: Dijo algo como que Cornelia ofreció alguna manda de que el muchacho entrara al seminario o al convento si se salvaba la niña, cuando Manuela iba a nacer, y luego, como la muchacha quedó loca.

AURELIA: ¡Es muy incivil, y tú ya lo sabes, usar esa palabra para dirigirte a una de nuestras hermanas!

ELODIA: Eso es lo que me dijo Florencia, querida, ella lo arregló así... *(Entra Camila. Detrás de ella viene Mariana con el café.)*

AURELIA: *(Como con enfado.)* ¡Florencia! *(A Camila.)* Camila, ¿qué página del Rodríguez nos dijo Eusebio?

CAMILA: Ese nombre “Eusebio”, lo dijiste hace un momento, no debe pronunciarse más en esta casa. *(Advirtiéndolo.)* Ya lo saben las demás.

AURELIA: Eso decimos; otro de los nombres borrados, nueva selección de fotografías del álbum familiar... ¿qué página, Camila, dijo el nuevo innombrable?

CAMILA: No es un chiste, ¿verdad?

AURELIA: No sé qué sea, no sé qué cosa soy yo misma. *(Pausa.)* Me deshace la idea de que Cornelia haya encerrado a nuestro hermano en un convento y nos haya engañado con que él buscaba la santidad.

CAMILA: ¿Engañado?

AURELIA: *(Violenta.)* ¿O no nos engañó? *(Pausa.)* ¿Qué página dijo?

CAMILA: Ciento sesenta y nueve.

AURELIA: Pues no hay nada.

MARIANA: *(Muy asombrada.)* ¿Cómo que no hay nada?! *(Pausa. Las otras la ven con asombro. Mariana como que deduce algo.)* Ahhh.

AURELIA: ¿Por qué te sorprende a ti, Mariana?

MARIANA: Nada, tía, es que como decían que dijo que allí había... tal vez no buscaron bien...

AURELIA: ¿Qué es lo que hay que buscar?

MARIANA: Yo no sé, ustedes dijeron... Voy a ver yo. *(Abre con sus llaves el librero. Saca el libro. Busca en la página 169. No halla nada. Lo sacude como para que caiga algo al suelo.)* Nada. *(Lo vuelve a guardar. Cierra.)*

AURELIA: Quiero decirles que después del entierro y de las honras funerales, me he venido sintiendo muy mal. *(Cerca del llanto.)* Si todo funcionaba muy bien con Cornelia, ¿qué nos pasa a nosotras?, ¿no vamos a ser capaces de aprender a vivir sin ella? *(Llora.)*

MARIANA: *(La abraza y la besa.)* Tía, tía, no llore por favor. Usted y yo quedamos en que teníamos que ser fuertes como los robles. Antier que fuimos a Baldemar a comer las hojas y las raíces de los robles, juramos que eran las últimas lágrimas para mamá Cornelia. *(Entra Florencia.)*

FLORENCIA: Se quedó en la cama. Quiere saber cuándo va a regresar Cornelia.

ELODIA: ¡Ay, querida de su madre, chiquitita! ¿Qué va a saber ella, queridas?

CAMILA: Así que fueron al bosque...

FLORENCIA: ¿Algo grave?

ELODIA: Queridas, si quieren yo me voy a cuidar a Manuela.

FLORENCIA: No, hay que dejarla sin que sienta ruido para que se duerma.

CAMILA: Te pregunté algo, Aurelia.

FLORENCIA: *(Furiosa.)* ¿Por qué fuiste y llevaste a la muchacha, Aurelia?

AURELIA: *(Al borde del llanto.)* Es extraño, muy extraño... No creo que ningún niño en el mundo haya tenido una infancia tan bella como la que tuvimos nosotras. Todo estaba tan bien acomodado, todo era tan accesible, tan fácil, tan inmediato. Los árboles estaban en su sitio, el río corría sin prisa, con constancia. En las noches la luna aparecía como un milagro continuo y jugábamos bajo su luz entre aquellos laureles blancos... Luego la cama abierta, las sábanas blancas... ¿Cómo iba la canción que nos cantaban, Florencia?

FLORENCIA: *(Seca.)* No sé.

CAMILA: *(Canta.)*

Señores les contaré
lo que hacen los animales,
vide tejer dos huacales
bien retejidos de hilacha,
dos palomitas tencuachas
pelándome tantos dientes,
los tenían tan relucientes

que parecían de marfil,
también vi cocer camotes
a una triste cucaracha,
también vide agarrar la hacha
a un güico sin detención.
También vide a un gusano
con su abanico en la mano,
dos avispas enchinadas
regañando a los coyotes...

AURELIA: *(Voz de la madre. Muy íntima.)* Si no se duermen van a llegar el Alichán y el Uñitas. *(Aplaude pausadamente con las palmas de las manos ahuecadas. Trata de infundir miedo. A sovoz.)* ¿No oyen? Por allí vienen ya. *(Ruidos con la boca y las manos que infundan miedo. Como si gritara.)* “¡No Alichán, no vengas por estos niños, ya están dormidos!” *(Voz del monstruo. Grave.)* “Bueno, porque si no se han dormido me los voy a comer.” *(Voz de la madre preocupada.)* “¡No Alichán, váyanse allá donde haya niños malos que no quieran dormir y que no quieran comer!” *(Voz del monstruo.)* “Sí, nos vamos a ir el Uñitas y yo a buscar a esos niños.” *(Ruidos con las manos como que el monstruo se aleja. Pausa. A sovoz, voz de la madre.)* Ya se fueron. Duérmense. Ya rezaron sus oraciones, ¿verdad? *(Voz asustada de un niño.)* “Sí.” *(Voz de la madre.)* Muy bien. Acuérdense de lo que les leí hoy, de la oportunidad y duración de las visitas, en el Rodríguez y Galván. Buenas noches. *(Se oyen los besos.)*

CAMILA: *(Fuera de la magia.)* ¡El Rodríguez y Galván! ¿Qué es lo que hay que encontrar allí? ¿No hallaste nada Mariana?

MARIANA: No, tía *(muy significativa,)* no había nada, ¿verdad tía Florencia?

FLORENCIA: ¿Yo qué?

MARIANA: Buscamos un papel que estaba en la página 169 del Rodríguez y Galván.

AURELIA: *(Muy intrigada. A Mariana.)* ¿Cómo sabes tú que era un papel?

MARIANA: *(Turbada.)* ¿No dijeron papel...? Es que yo entendí...

AURELIA: Mariana, ¿hay algo que tú sabes que nosotras no sepamos?

MARIANA: Después de colgar el cuadro de mamá Cornelia salí por el agua y cuando regresé vi a mi tía Florencia hojear ese libro, vi como que ella tenía un papel en la mano. ¿No es verdad tía? Luego, por discreción regresé un poco y comencé a hacer ruido.

FLORENCIA: Había, allí, puras porquerías escritas y lo quemé; eso es todo. No me pregunten exactamente qué decía porque no lo puedo repetir.

AURELIA: Necesito saber qué porquerías, exactamente, había escritas en ese papel; ahora que nuestro hermano ha muerto tenemos...

FLORENCIA: *(Exaltada.)* ¿Cómo? ¿Quién? *(Llora.)* No me digan, Tobías. La asfixia.

CAMILA: No, Florencia. El que acaba de irse ha muerto para nosotras y no se va a hablar más de él.

FLORENCIA: *(Íntima.)* No, Alichán, no vengas por estos niños, deja a mis pingüicos que ya duermen...

ELODIA: *(Como encantada.)* ¡Ay! ¡Qué bonita infancia tuvieron ustedes! Tobías me ha contado, queridas, todos los juegos que hacían de niños. Dice que la más ocurrente de

todas era Florencia... *(Suelta la carcajada.)* Me contó que un día que don Valentín estaba haciendo caca debajo de un árbol...

AURELIA: *(La reprime.)* ¿Sí, Elodia...?

ELODIA: *(Tratando de disculparse.)* No, nada, ellos, los hombres, tenían aparte sus juegos...

FLORENCIA: *(Seca.)* Supongo.

ELODIA: *(Trata de reanimar la conversación.)* Me contaba que Eusebio...

CAMILA: ¡¿Quién?!

ELODIA: *(Atosigada.)* Creo que oí ruidos, voy a asomarme a ver si Manuela sigue durmiendo. No me tardo, ¿se les ofrece algo?

AURELIA: No, nada, gracias. *(Sale Elodia. Pausa larga.)*

MARIANA: El café se va a enfriar.

FLORENCIA: Mariana aprendió a hacer muy buen café.

MARIANA: Me enseñó mi papá.

CAMILA: Gerardo es un gran tomador de café.

AURELIA: *(A Mariana.)* Tu padre, contaba Cornelia, cuando empezó a hablar, la primera palabra que dijo fue: *(Hace unos guturales kn-kn,)* que quería decir: café.

MARIANA: El café, dice mi papá, siempre debe estar en lugares frescos, porque si no cría hongo. Cuando el agua está hirviendo se retira la cafetera del fuego y se le echan...

AURELIA: ¿Echan?

MARIANA: ... Se le agregan tres cucharadas de café por cada taza.

FLORENCIA: ¡Ese es un bárbaro para tomar café!

MARIANA: Yo aquí le puse una y media.

AURELIA: ¿Y...?

MARIANA: ...Y luego se agita muy bien, se arrima... este, se acerca otra vez al fuego hasta que suba en espuma; se retira, e inmediatamente se le agrega una cucharadita de agua fría, y lo más importante...

CAMILA: ...Que la cuchara con la que se revolvió el café se acueste encima de la cafetera para que reciba el vapor, y se deja reposar.

AURELIA: "Aunque al principiar una persona la relación de un hecho notemos que no está tan bien impuesta como nosotros de todas sus circunstancias, guardémonos de arrebatarse el relato para continuarlo nosotros, porque resulta vulgar e incivil." De la conducta en sociedad, Rodríguez y Galván.

MARIANA: No importa, tía; eso de la cuchara sobre la cafetera lo sabemos todas.

FLORENCIA: Gran bebedor de café tu padre.

AURELIA: Pero aquí el orden lo impone Rodríguez y Galván, y eso debe ser, porque así nos educó Cornelia. *(Pausa.)* ¡Cuántas veces ella me contó cosas que ya me había platicado antes y muchas veces oí la misma historia; y la escuchaba como si fuera la primera vez que la estuviera oyendo! "Por allí, por la calle 6 de abril, cerca de Emeteria Gómez. ¿Te acuerdas, no?". "¡Cómo no, Cornelia; la prima hermana de la Daría!". "Ésa, ésa. Pues por allí vivía un hombre medio fallo: Ángel Martínez" *(Suspirosa.)* Y yo escuchaba la anécdota de Ángel Martínez y la habré escuchado en vida de Cornelia no sé cuántas veces, y siempre con el mismo gusto y el mismo interés. Luego me hacía la referencia de las grandes ventanas que hay en el pueblo, "por el calor, así las hicieron" y seguía con su historia: "Un día Ángel Martínez se estaba mirando al espejo y se preguntaba en voz alta: ¿qué te falta Ángel Martínez, guapo

eres, dinero tienes, tu mujer bonita es...? ¿Qué te falta Ángel Martínez? Y un bribón que lo vio por la ventana de la calle le gritó: ¡Sentido común, tal por cual!”.

CAMILA: Eso de “tal por cual” Cornelia lo inventó porque lo que en verdad le dijo fue una herejía. *(Suspirosa.)* “¡Sentido común!”

FLORENCIA: *(Suspirosa.)* ¿Qué te falta Ángel Martínez...? ¡Ay, cómo la extraño!

AURELIA: Nadie más que yo. Pegada. Allí estuve pegada a ella día y noche, “quiubo”, viéndola... y ahora encuentro que los días y las noches sin tener a quién cuidar no tienen sentido. Por eso cuando vi a Tobías tirado, muriéndose por la asfixia y con la vista clavada en la tierra me dije: ¡Otro que no supo aprovechar su vida! *(Suspirosa.)* ¡Otro, otro!

FLORENCIA: *(Suspirosa.)* ¡Pues todos!

AURELIA: No, no todos; ustedes tienen sus hijos.

FLORENCIA: ¿Y de qué sirven los hijos? ¿De qué me han servido a mí? Daniel y Román han pasado la mayor parte del tiempo en las cárceles, vagos, viciosos, para mí todo es igual.

AURELIA: Las cosas en Baldemar también siguen igual. Decidí ir con Mariana...

FLORENCIA: ¡No quiero saber a qué fueron!

AURELIA: ¡Florencia!

FLORENCIA: *(Como remedando.)* ¡Florencia!

AURELIA: Ese hombre no era más que otro extraño y se toma como tal. ¿Para qué sirven los hombres? Insectos, insectos llenos de pelos que vuelan entre las flores y que tienen como única misión en la vida fecundar con sus horrendas patas y luego pueden abandonarse a morir por la asfixia. Pero una, como mujer, no puede dejarse perder entre las patas de ellos. Una, se queda allí, progresando en la fecundación y en espera del hijo.

FLORENCIA: Así no se explica el amor.

AURELIA: El amor no se puede explicar, no se puede explicar. *(Pausa.)*

FLORENCIA: ¿Lo viste?

AURELIA: A sus padres vi. Él hace muchos años que no vive allí; muchos años hace que se casó otra vez.

FLORENCIA: *(Llora.)* No es verdad, no es cierto eso, él me...

AURELIA: No vas a llorar por un hombre, ¿verdad Florencia?

FLORENCIA: ¿No lloraste tú por nuestro padre? *(Pausa.)*

AURELIA: Otro extraño.

CAMILA: “Murió López, hijas, nada de llantos, se acercan, le besan la frente y piden a Dios que lo perdone de todo lo malo; fue un buen padre”. *(Se oye el silbato del cartero.)*

FLORENCIA: *(Un poco nerviosa.)* Voy... a buscar a Elodia. *(Sale.)*

AURELIA: Siempre he asociado ese silbato con los sueños; ese del cartero, el del afilador y el de la guardia.

CAMILA: Dice Florencia que es doña señora de aquí cerca que los usa para llamar a los gatos. Según esto, cada gato responde a un silbato, ya ven que los cuida más que a una criatura.

AURELIA: La gente sin hijos y enferma de la cabeza, *(quiere decir loca,)* se encariña de más con los animales. Allí tienen a la pobre de Elodia trabaje y trabaje siempre detrás de esas gallinas y esos pollos hablándoles todo el tiempo como si fueran humanos.

CAMILA: *(Sin importancia.)* Es una fodonga, nunca hizo nada por sacar adelante su matrimonio.

AURELIA: Él no la quiere. Nunca ha querido a nadie, a sus hijas nunca volteó a verlas.

CAMILA: A Tobías siempre le gustó la sinvergüenzada y el vicio del alcohol; pues nomás acuérdate del día que se quedó metido en el rancho durante siete días. ¿Te acuerdas, Aurelia?

AURELIA: Como si ayer hubiera sido.

CAMILA: Con aquellos aguaceros que no paraban, ¡huy, no! ¡Se me enchina el cuerpo nomás de acordarme! *(Preocupada.)* Tú y Florencia pasaron eso. *(Agresiva.)* ¡Cómo no fui yo con ustedes para haberlos moqueteado allí mismo!

AURELIA: Y nosotras de brutas que fuimos a llevarle algo de comer.

CAMILA: ¡Ése hubiera acabado con Cornelia en un dos por tres de no haber estado nosotras cerca de ella!

AURELIA: Nomás la veía yo que se asomaba cada rato a la ventana, me decía para mis adentros: “malo”. Luego me acercaba a ella y: “¡quiubo!”, le decía. “Tobías, tú, que ha de estar por allá sin comer y muerto de frío”, me contestaba ella. “¡Pues ahorita!”, le decía yo, y manos a la obra. Esa vez de los aguaceros nos fuimos Florencia y yo. Le pagamos a un chofer para que nos llevara hasta el rancho y que nos esperara. Y allí van las dos viejas cayendo y levantando, con el lodo hasta las rodillas para que el otro tragara. Una semana sin saber de él y con esas lluvias.

CAMILA: ¡Qué asco! *(muestras de asco.)*

AURELIA: Allí las moscas señoreaban, el tiradero por aquí y por allá. *(Manifestaciones de repugnancia y asco.)* Florencia vomitó.

CAMILA: Mejor ni sigas, cada vez que me acuerdo se me erizan los cabellos.

MARIANA: ¿Por qué, tía, qué pasó?

AURELIA: *(Como sin darle importancia al asunto.)* Ahí estaba echado en la cama con una mujerzuela asquerosa. Nomás vimos el cuadro y Florencia dio media vuelta y se chistó. Yo le dije: mira Tobías, te esperamos debajo del Guare. Y allí estuvimos mojándonos hasta que él llegó. “¡Quiubo!”, nos dijo y nos tendió la mano. Una mano sucia, maloliente, negra de moscas. Nosotras nos protegimos con el Guare. *(Con mucho escándalo. Levantando ambos brazos hacia el cielo.)* ¿¡Oye, pero qué es esto!?! *(Pausa.)* Y lo único que nos preguntó era si traíamos dinero.

CAMILA: ¡Dinero!, eso es lo único que le ha interesado en la vida. *(Pausa.)* ¡Para tirarlo!

MARIANA: ¿Qué era el Guare?

CAMILA: Un árbol.

AURELIA: Era un mezquite pelón, sin hojas, que se llamaba: Guare. Cuando Damián estaba chico le puso nombre a todos los árboles del rancho; ¿te acuerdas, Camila?

CAMILA: ¡Cómo no!, mira: el Guare, el Gendarme...

AURELIA: Ese era el guamúchil.

CAMILA: Fenelisca... *(Ríen las dos como encantadas.)* “Cor-ne-lia-fe-nelia-sen-sisca-suár-bol-esla fene-lisca. *(Lo anterior dicho con cierto ritmo musical.)*

AURELIA: *(Como si regañara a Damián.)* ¡Ahora verás muchacho malcriado, no le digas eso a tu abuelita! “Y para qué se enoja ella”, me contestaba, “si es un juego”.

CAMILA: Fenelisca; ese era el álamo de Cornelia.

AURELIA: ¿Cómo se llamaba la ceiba?

CAMILA: *(Recordando.)* Ahora verás... Laviarunta. Cuando uno pasaba por allí en la noche se oían voces extrañas, contaba don Remigio que allí vivía el espíritu de la ceiba que era de un hombre que le había robado las botas al diablo. Damián decía que él lo había visto y que se llamaba “Garcilope”.

AURELIA: ¡Huy! Era una de pleitos que tenía con Cornelia por haberle puesto “Fenelisca” a su álamo, pero los dos eran tercicos como la Daría.

MARIANA: Yo casi no me acuerdo de nada.

AURELIA: Pues tú tendrías tres o cuatro años cuando lo vendí.

CAMILA: ¿Cómo que lo vendiste? Eso quedó dentro de la presa, ¿no?

AURELIA: Eso fue lo que le dije a Cornelia para que no se mortificara, pero después de esa anqueta de Tobías, en cuanto llegamos de allá, me fui y lo malbaraté con el primer hombre que pude tratarlo.

CAMILA: *(Asombrada.)* ¿Entonces no quedó dentro de la presa?

AURELIA: No, allí han de estar el Guare y la Fenelisca todavía.

CAMILA: *(Muy molesta.)* Pues es una injusticia, porque para mi hijo Damián eso fue casi su muerte. Todas las noches lloraba por sus árboles; y si se dormía, despertaba angustiado porque soñaba que sus árboles se estaban ahogando. Fueron épocas muy duras para los dos.

AURELIA: *(Furiosa.)* ¡¿Y qué crees que alguna de nosotras iba a tener el valor civil de ir a meterse en esa casa en donde él estuvo echado con esa mujerzuela?! *(Pausa larga.)*

CAMILA: *(Triste. Resignada.)* Así que allí están Laviarunta y Garcilope... *(Pausa.)* Nadie lo sabe ¿verdad?

AURELIA: Tobías, Tobías lo sabe; jamás me lo perdonó.

CAMILA: Nunca dijo nada.

AURELIA: Por Cornelia; pero ahora que ella murió vino él a echarme en cara cómo fue que el hombre a quien se lo vendí lo sacó a patadas de su casa. “Ay, cuándo has trabajado tú para comprarte TU casa”, le dije. Y me respondió con asco: “Nomás he vivido para odiarte, nada me importa más que alimentar este odio que desde todos los tiempos, desde que éramos niños, me ha venido quemando”. Luego escupió al suelo y con la punta del zapato aplastó bien la saliva como si hubiera hecho un extraño juramento.

MARIANA: *(Como respondiendo a una gran exageración.)* ¡Ahhh!, eso no es verdad, tía. Mi tío Tobías siempre te ha querido.

AURELIA: Fingía quererme delante de Cornelia para que ella no se mortificara, tampoco se podía pelear conmigo porque qué iban a decir las gentes. Ahora verás. Cornelia completó el novenario el jueves. Viernes, sábado, domingo; hoy es martes. Hace tres días que vino: el sábado. Dijo que era una lástima que la muerte de Cornelia lo hubiera agarrado tan viejo porque toda su vida se pasó acariciando la idea de vengarse.

CAMILA: *(Suspirosa)* Y tu padre, Mariana, Gerardo, está lleno de rencor hacia nosotras.

AURELIA: Y el que acaba de dejar el convento también; y nosotras estamos aquí reunidas para luchar y jurar por conservar la unión. Una unión sin ellos, sin los varones.

CAMILA: Ellos nunca han servido para nada, jamás han sabido cómo se gana el dinero; tú, ya ves, desde los catorce años empezaste a trabajar en la escuela de Baldemar.

AURELIA: (*Muy suspirosa.*) Hace cuarenta y dos años.

MARIANA: Es mucho tiempo.

AURELIA: ¡Si tú supieras Mariana, qué tanto! ¡Qué tanto tiempo!

MARIANA: ¿Qué hay en Baldemar que yo no vi, tía?

CAMILA: Hay cosas Mariana, lo sabrás cuando seas grande, que aunque hayan sucedido hace mucho tiempo, no importa qué tanto, siguen molestando y doliendo como si fueran recientes. Esa mujer que sonsacó a Tobías, le doblaba la edad, y fue un escándalo.

AURELIA: Yo no le hablé a Mariana de todo eso.

MARIANA: Pero yo ya sabía que él antes se había casado.

AURELIA: Casado no es la palabra exacta.

CAMILA: Lo enredó, Tobías era muy joven; un chamaco, y lo metía a su casa delante de los ojos de todo mundo, era una desvergüenza. Todo, todo el mundo lo sabía, menos nosotras; hasta que llegó el primer hijo y ya no se pudo seguir ocultando el escándalo. Cuando Tobías supo que había sido mujer no quiso verla y pensamos que allí iba a parar el asunto pero “la dama” era muy astuta y lo siguió engatusando.

AURELIA: Yo tenía mucha amistad con el comisario de Baldemar, Florencia ya se había casado y yo ya no trabajaba allá; un día me lo encontré por aquí por el pueblo, se puso a mis órdenes como siempre y le pedí que si podían llevarse a esa “dama” y tirarla por allá...

CAMILA: Ese hombre te adoraba, Aurelia; nunca le hiciste caso.

AURELIA: (*Como si no hubiera escuchado.*) Y así fue, una noche los soldados se la llevaron a la fuerza pero; sin escándalo. Y por allá quedó por Baldemar.

CAMILA: Pues hasta allá iba Tobías a verla.

AURELIA: Pero ya no había el peligro de que Cornelia se enterara.

CAMILA: Y llegó la segunda criatura; también mujer; y allí se acabó, bendito sea Dios, el asunto con esa “dama”.

MARIANA: (*A Camila.*) Estas dos hijas tía; se han vuelto mujeres malas.

AURELIA: Mariana, he decidido que no eres buena compañía para los viajes. He decidido, también, que no tienes mucha sangre de los de Ibarra, quienes se han distinguido por la discreción y el orden. Tú eres más de tu madre, de esa mujer iluminada por los rayos de Dios, enferma de la cabeza (loca) diría yo, que engatusó a tu padre. Muy indiscreta esa mujer, por cierto.

MARIANA: (*Enojada.*) ¡¿Cuál indiscreción?! ¿No estamos en familia?

AURELIA: Aun en la familia hay cosas que no se comentan.

MARIANA: Cuando mi papá gritó lo de mamá Cornelia el día que estaba tendida a nadie le importó porque estábamos en familia.

AURELIA: ¡No gritó nada! Hizo oración. Nosotras no estamos de acuerdo con la religión que ha seguido tu padre pero él tiene la libertad de orar y decir en sus oraciones lo que le pegue la gana.

MARIANA: (*Viendo el cuadro.*) Entonces que Dios la perdone por haber invocado y hecho tratos con el diablo.

AURELIA: Esa es la mentalidad obtusa de un hombre que se ha olvidado de sus hijos y de su familia en busca del reino de Dios para que lo demás llegue por añadidura; pero esas añadiduras hemos tenido que ser nosotras. ¿Tú también piensas así?

MARIANA: Tía, es que...

AURELIA: ¡¿Así piensas?! *(Pausa larga.)*

MARIANA: No. *(Entra Elodia.)*

ELODIA: Queridas, yo creo que mejor me voy a ir a cuidar al hombre, ya aquí no se va a hacer nada, ¿verdad?

CAMILA: ¿Dónde está Florencia?

ELODIA: No sé, queridas, ¿no estaba aquí con ustedes?

CAMILA: Dijo que iba a buscarte y salió hace rato.

ELODIA: Yo la vi pasar, cruzó el patio iba como para la calle pero creí que ya había regresado. *(Pausa.)*

CAMILA: No, no, para nada.

ELODIA: Allí en el portal está todo tan callado, tan sin ruido; parece que todo se ha muerto, es una casa sin niños... estuve pensando en silencio; así como se pone Tobías cuando se queda quieto. *(Pausa.)* Es triste no tener hijos, queridas. Es triste no haber podido darle ningún nieto a doña Cornelia.

AURELIA: ¿Para qué tú?

ELODIA: Tal vez Tobías hubiera sido otro conmigo si yo le hubiera dado hijos...

AURELIA: Él lo decidió así, por eso se casó contigo cuando ya eras una mujer madura, tenías más de cuarenta...

ELODIA: ¡Cuarenta, queridas, cuarenta!

AURELIA: Si él hubiera deseado tener hijos se hubiera buscado una mujer joven.

ELODIA: Pero es que a Tobías me lo mandó mi madre.

CAMILA: Hace un momento nos acordábamos de tu boda.

ELODIA: 17 años, queridas.

AURELIA: Ayer.

ELODIA: *(Entre los recuerdos.)* El padre de esta muchacha *(Mariana.)* fue el que llevó a aquellos guitarreros.

AURELIA: ¡Huy! Cornelia luego se abrió paso para que le cantaran aquella canción que había oído en la feria de Orabá.

CAMILA: ¡Cómo no!: “Caminos del Batacudea”.

AURELIA: No, no, aquella canción de esa historia que ella contaba de los hombres que robaban con guitarras.

CAMILA: ¿Cuál, Aurelia?

AURELIA: Aquella que oyó cuando la llevaron sus padres o sus tíos; a veces decía mi padre, a veces decía mi tío, a la feria de Orabá, ¿se acuerdan? Contaba que unos guitarreros vieron a un hombre que ganó mucho dinero en la ruleta y cuando se retiró de la mesa ellos lo fueron empujando con las guitarras para las oscuras. Y el hombre, cuando se dio cuenta que lo alejaban de la multitud empezó a gritar, *(como que grita:)* “¡Señores me llevan!”. Y los guitarreros, siempre empujándolo, cantaban: *(canta.)* “Para la Villa de León”. Y el hombre desesperado gritaba, *(como que grita:)* “¡Señores, me roban!”. Y los guitarreros, *(canta:)* “La vida y el corazón”. Decía Cornelia que el hombre gritaba y que ellos componían todo tan bien que la gente pensó que así era el asunto y se lo llevaron por allá y lo limpiaron, *(hace señas con las manos de que lo dejaron limpio, sin dinero.)*

ELODIA: ¡Ay, cómo sabía historias bonitas esa mujer!, ¡queridísima de su madre! Así eran las gentes de antes; buenas pláticas que se hacían a la hora del café.

AURELIA: Aparecidos, tesoros, ladrones y aquella cosa tan linda que contaba del día que llovieron pescados, describía todo como si uno lo estuviera viendo, decía: “y en la tarde, antes de que el sol se pusiera se miraba la tierra dorada, por todos los pescados que habían caído con la lluvia. Había un sol en cada escama, y era como si de pronto la tierra se hubiera vuelto luminosa: roja y azulada”. *(Entra Florencia. Viene demacrada. Trae un golpe en la cara. Llora. Abre una de las gavetas del armario y saca una pistola. Las demás la ven con expectación. Antes de salir, Aurelia la detiene.)*

AURELIA: ¿Para qué es eso?

FLORENCIA: ¡Déjame!

CAMILA: ¿Qué pasa, Florencia?

FLORENCIA: *(Llora.)* ¡Déjenme!

AURELIA: ¿Para qué es la pistola?

FLORENCIA: ¿Para qué es una pistola?

MARIANA: ¿Qué quieres hacer tía?

AURELIA: *(A Florencia.)* Tú de aquí no sales, dame eso para acá. *(Le quita la pistola.)*

FLORENCIA: ¡¿Qué no están hartas de estarme organizando la vida durante años y años?! *(Llora.)* Me pegó. Miren. *(Enseña el golpe.)*

CAMILA: ¿Quién? ¿Dónde?

FLORENCIA: *(Como que trata de calmarse.)* Déjenme, déjenme, yo nunca les he reprochado nada; Cornelia, que está en el cielo viéndonos, sabe perfectamente que jamás dije que no a algo que ustedes decidieran. Ahora que no está ella les pido que me dejen salir a matarlo. Es sólo un acto de libertad que les pido en la vida.

AURELIA: *(A Mariana.)* Tráele agua. *(Mariana sale. A Florencia.)* Yo sí te voy a dejar que salgas a matar a quien tú quieras pero antes déjanos saber a quién, pues, para ver qué se hace, ¿eh?

FLORENCIA: *(Casi llorando.)* Miren, así con la mano cerrada me pegó, me trató como si yo fuera otro hombre. “También ustedes se callan todo”, me dijo, “¿por qué tenía que decirte yo que me había vuelto a casar?, ¿cuántas cosas tuyas yo tampoco sé?; supe más de ti cuando me dejaste”. ¡Me pegó! *(Llora.)* ¡Me pegó con la mano apuñada como se pegan los hombres! *(Entra Mariana con el agua y se la da. Florencia bebe. Luego sacude a Mariana con los dos brazos.)* ¡¿A qué fueron a Baldemar, Mariana, a qué?!

MARIANA: *(Se zafa. Con altivez.)* Hay una historia... *(A Florencia,)* una historia que resume todo esto que somos y que estaba escrita en una carta que usted tomó del Rodríguez y Galván.

FLORENCIA: *(Al cielo. Terriblemente desesperada)* ¡Dios mío!, ¿pero qué estás loco?

ELODIA: *(Se tira con violencia al piso, de rodillas.)* ¡Ay, no querida, no querida!; ella Señor, ella es la loca, perdónala, perdónala.

CAMILA: *(Trata de levantar a Elodia con la ayuda de Mariana.)* ¡No mujer, levántate, levántate! *(Se oye la voz tétrica y angustiada de Manuela, la loca que busca a gritos a su madre.)*

VOZ DE MANUELA: ¡Cornelia, Cornelia, ay, qué Cornelia...! ¡Cornelia, Cornelia, ay qué Cornelia...!

ELODIA: ¡Manuela!, queridas.

AURELIA: Mariana...

MARIANA: No, tía, a mí no me hace caso...

VOZ DE MANUELA: ¡Cornelia, Cornelia, ay qué Cornelia...!

CAMILA: Yo voy, Mariana, busca tú la pastilla para dársela. *(Sale. Y una vez afuera da un terrible grito de espanto. Aurelia se asoma por la puerta y vuelve al interior. Se recarga en el marco de la puerta y con un nudo en la garganta dice: "¡No, Dios mío!" (Elodia y Mariana. Se asoman. Luego salen a toda prisa y cierran la puerta. Aurelia se ha quedado inmóvil recargada en el marco de la puerta. Está llorando en silencio.)*

FLORENCIA: *(Sentada. También inmóvil. Con lentitud.)* Todo es igual, todo. *(Hace ruidos con el pie como de pasos que se acercan. Íntima.)* ¡No, Alichán, no vengas, estos niños son buenos, se portan muy bien y comen! Váyanse tú y el Uñitas lejos a buscar a los niños malos y a los que no quieren comer...

AURELIA: *(Fuera de sí.)* ¡Cállate! *(Pausa. Silencio.)*

FLORENCIA: *(Empieza a cantar la melodía de la canción de cuna y luego canta algunos versos de la canción.)* "Señores les contaré lo que hacen los animales, dos palomitas tencuachas..." *(Corta la canción con brusquedad.)* ¡Ah! Todavía ha de estar allí, esperando que lo mate. *(Entra Mariana con una maleta.)*

MARIANA: *(A Aurelia.)* ¿Quiere agua, tía? *(Aurelia niega.)*

FLORENCIA: *(A Mariana.)* ¿No estaba un hombre en la puerta? *(Mariana la mira fijamente. Pausa larga.)* El pelo... *(Se lo toca.)* No me vi al espejo para salir...

AURELIA: ¿El sombrero, Mariana?

MARIANA: Aquí está, tía, en la maleta junto con la demás ropa.

AURELIA: Alguien dejó algún ropero sin llave; si ya saben que todo abre. *(Florencia se peina con los dedos tratando de verse en los cristales del librero mientras ensaya la melodía de la canción de cuna.)* ¡Dios mío, qué susto! Era como una aparición. ¿Y Camila?

MARIANA: Ya, bien calmada, Elodia le prepara un té en la cocina.

AURELIA: Pon esa maleta allí. *(Sobre una cómoda.)*

FLORENCIA:... Ella... Manuela, con la ropa de Cornelia también esa vez se acercó a Eusebio...

AURELIA: ¡Ese nom...!

FLORENCIA: *(Se tapa los oídos y empieza a gritar.)* ¡Eusebio, Eusebio, Eusebio, Eusebio, Jorge, mi marido, mi marido Jorge, Jorge, Jorge que está allí afuera esperando a que lo mate, que me llamó con el silbato de cartero! ¡Matilde, Matilde, Matilde, mi tía la que cacheteó a Cornelia! ¡¿Ya?! *(Pausa.)* También con la ropa de Cornelia esa vez, así lo dijo él ahorita en la puerta. Ella, Manuela, la loca *(grita.)*: ¡La loca, la loca, la loca! *(Sin gritar.)* La loca se acercó a Eusebio. "¿Jugamos a que estabas tú enfermo?" *(Entran Camila y Elodia. Camila se ve muy asustada. Elodia al oír esta historia empieza a llorar.)* "No, no quiero estar enfermo". "Bueno, entonces, soy una visita". *(Tropieza con la maleta en donde está la ropa de Cornelia y cae al suelo a la vista del público. Toma la ropa con sus manos, la acaricia y se pone el vestido por encima mientras sigue con la historia.)* "No, no quiero jugar". "¿No te parezco seductora con esta ropa de Cornelia?" "Seductora no es palabra de una niña". "No te muevas, cierra los ojos". Y dijo que le tocó los labios, primero con los dedos, y luego lo besó. Él, dice que sintió muy bien que lo besara ella, su hermana, la loca, y que no supo cómo, fue algo así como una voltereta y Cornelia los encontró. "Quería que lo supieran", dijo Eusebio. *(A Camila.)* ¡Eusebio, Eusebio, Eusebio!, "díganse a las gentes también". *(Pausa.)* Al día siguiente de aquello Cornelia anunció en la mesa la decisión de nuestro hermano de tomar los hábitos; que el ejército o el convento, le había dicho.

AURELIA: Todavía recuerdo aquel silencio en la mesa.

FLORENCIA: “Se va Eusebio, se va Eusebio al convento a buscar la santidad...”

AURELIA: *(Muy grave. Profunda.)* ¡No Alichán... no vengas! *(Pausa. Voltea hacia el cuadro.)* ¡Ella es la culpable, ella! *(Se sube a la mesa y baja el cuadro. Lo mira largamente en silencio. Sonríe con amargura.)* ¡Cómo puede la gente echarse a perder la vida en la ignorancia! Esta es doña Cornelia de Ibarra, la mujer que ni siquiera nos enseñó a que le dijéramos, madre. *(Deja el cuadro en un rincón. Pausa.)* Vamos a dormir, debe ser tardísimo.

FLORENCIA: *(Ríe.)* ¿¡Qué no están cansadas de dormir!?! Ustedes fueron a Baldemar y él vino a verme. El silbato del cartero, viene; el silbato del afilador, manda recado; otros son para despertarme: saludos, besos, lo que sea. Pero ahora venía casado; esa fue la noticia de Baldemar, y él si es hombre debe estar aún allí afuera esperando que yo salga a matarlo como le prometí...

AURELIA: Ya es tarde Florencia...

FLORENCIA: Para la verdad es tarde; para el día, es temprano. *(Amarga.)* ¿A qué fueron a Baldemar? ¿A investigar que se casó para amargarme más el alma? ¿Para qué la verdad si hemos vivido siempre en la mentira? *(pausa.)* Treinta años viéndome con él a escondidas, inventando los silbatos, la historia de doña señora y sus gatitos para que Cornelia no se preocupara... Y he vivido locamente enamorada de un hombre que ustedes me quitaron.

AURELIA: Era un ¡patán!

FLORENCIA: *(Enloquecida.)* ¡Un patán! ¡Un macho queapestaba a sudor y a patas y eso, eso ustedes no lo saben, pero me es muy excitante! ¡Las patas fecundas de mi insecto, su baba, sudor fuerte, garras y arrebatos...!

AURELIA: *(Escandalizada y al borde del llanto.)* ¡Florencia!

FLORENCIA: ¡Florencia, Florencia! ¡Nómbrenme ahora por si luego deciden ya no nombrarme! ¡Conózcanme, conózcanme, soy una mujer caliente!... *(Llora.)* Y ustedes sin decirme por qué me quitaron al macho. *(Remeda a algunos. Blandengue.)* “Se peleó con Cornelia”, “la insultó” “y se atrevió a decirle que no se metiera en su matrimonio, que él lo iba a organizar como a él le diera la gana”. *(Fuerte.)* Todas ustedes me hablaron pestes de él. “La familia es el núcleo, Florencia.” “Somos elegidos”, “el centro del Universo.” ¡Los de Ibarra, Cornelia, la familia y todos váyanse mucho a...! Ay, Dios mío, cómo se angosta el lenguaje dentro de la casa. *(Llora. Pausa.)*

CAMILA: Así que nosotras somos las culpables de tus cosas. ¿Y a quién voy a culpar yo de las mías? *(a Florencia,)* tú dijiste: “una madre soltera aquí no, ¡qué escándalo!”. A ti por lo menos dejaron que te casaras. Tú y el padre de Mariana se juntaban para hacer risión de Carlos y se aprendían los versos que él me escribía para burlarse de mí en mi propia cara y siempre me callé por Cornelia, para que no se mortificara. *(A Aurelia.)* Y tú vendiste el rancho que era casi entero de mi hijo Damián; sólo porque Tobías se llevó a una... piriña a la casa. Y eso nos daba asco. ¡Asco! Esa es la sensación con la que he vivido siempre, y es que la suciedad la llevamos por adentro y nos contentamos con lavarnos la boca, las manos y todo lo que nos diga *(rompe con algo el librero)* el Rodríguez y Galván que hay que lavarse. *(Saca el libro y lo tira lejos.)* ¡Éste se va al carajo!

AURELIA: ¡Ya cállate, esta no es una cantina para que grites así!

CAMILA: Yo grito y digo lo que me da la gana, soy una mujer, ¿entiendes? ¡No, eso aquí nadie nunca ha podido entenderlo!

AURELIA: ¡Vete a gritar a una cantina!

CAMILA: ¡Sácame! No va a ser la primera vez que me saques de la casa. Ni siquiera permitiste que mi hijo se quedara aquí para que yo pudiera tener un mejor trabajo.

AURELIA: Yo no te conseguí a la criatura.

FLORENCIA: ¡Es que tú no pudiste conseguir para ti! *(Pausa larga.)*

AURELIA: *(Grave.)* Ya lo esperaba. Se veía venir; desde hace mucho tiempo que asoma por los ojos de todos. Y no fue el horror a ser madre; fue una decisión. *(Pausa.)* Tu marido, Florencia, Jorge Herrero y Campos, me conoció a mí cuando fui a trabajar a Baldemar. Él me enseñó a comer las raíces y las hojas de los robles para ser fuertes. Todo eso es Baldemar: su melena dorada y sus ojos de adobe. Y vino a verme al pueblo y le saliste al paso como si hubieras encarnado una maldición; pasaste entre los dos y lo encantaste. Y me hablaste de él y me callé por Cornelia. *(Grita histérica.)* ¡Y no defendí mi amor por Cornelia! *(Pausa. Grave.)* Fui a Baldemar a decirle que aún lo amo, pero no lo hallé, está desde hace muchos años, con otra, casado.

FLORENCIA: *(Aterrorizada. Muy profunda.)* ¡No Alichán... no, no Alichán...! *(Y se queda negando con la cabeza.)*

CAMILA: *(Después de una pausa.)* Y luego a seguir viviendo.

FLORENCIA: *(Muy temerosa)* no, Alichán, no... *(Pausa.)*

MARIANA: Voy a traer agua...

CAMILA: ¡¿Alguien te la pidió!?

MARIANA: Es que...

CAMILA: ¿También tú Elodia quieres ir a *(con significación,)* traer agua...?

ELODIA: Ay, queridas, miren queridas, yo como si nada hubiera oído. Era una tapia; y no sé, queridas, qué sea eso del “agua”, pero sí les digo una cosa: ellos, los hombres, dicen que ustedes los castraron, comenzando por la madre y que los volvieron inútiles.

AURELIA: Verdad.

CAMILA: Pero hay una nueva generación de hombres.

FLORENCIA: ¿Cuáles? ¿Los míos? Román y Daniel no viven más que en las cárceles; Guillermo, el hermano de Mariana, también es un vago, ¿cuál nueva generación?

CAMILA: Damián, mi hijo, es diferente.

ELODIA: Pues sí, es diferente, querida, ese muchacho, querida, es bueno y trabajador y estudioso y saca dieces, querida.

FLORENCIA: Ése, *(con significación)* es de los que escriben poemitas...

CAMILA: *(Enojada.)* ¡En eso sacó a su padre!

FLORENCIA: *(Declamatoria. Muy cursi.)* “Oh sutil y bella fuente que derramas agua y luz...”

CAMILA: *(Furiosa.)* ¡Me das asco! ¡Esa es la sensación que siempre he tenido de ti y de tus hijos drogadictos llenos de roña de las cárceles!

FLORENCIA: ¡Pero muy machos!, no amadamados.

CAMILA: ¿Y de qué te han servido? ¿De qué les ha servido ser machos? Eso no significa que sean hombres.

ELODIA: Ay, no, querida, un hombre que no es macho para qué sirve, Dios nos libre, qué pena para la familia. Tobías nunca quiere que Damián vaya para la casa porque le da vergüenza con sus amigos.

AURELIA: ¡Vergüenza debería darte a ti y a Tobías pasarse el día viendo trepar a los gusanos; se han pasado la vida esperando que alguien les lleve el bocado porque son incapaces de trabajar en nada!

FLORENCIA: Pues yo prefiero que no trabajen a que se rían de ellos, como se ríen de éste...

CAMILA: *(Furiosa.)* ¡No es cierto!

FLORENCIA: *(Con amaneramiento.)* A-ma-da-ma-do.

(Camila le tira a Florencia con el florero. Se agarran de los cabellos. Involucran en el pleito a las otras, las que de alguna manera habían entrado a separarlas. Finalmente se separan y se sienta cada una a llorar por su lado. De pronto uno de los cuadros que está colgado en la pared cae al suelo y los otros empiezan a balancearse. Luego cae otro.)

ELODIA: *(Se tira de rodillas.)* ¡Ave María Purísima!

AURELIA: Sin pecado concebida. *(Los cuadros se detienen. Elodia empieza a rezar la magnífica. Se oye el silbato de un cartero repetidas veces. Las mujeres se miran entre sí. Se oye el silbato lejos. Florencia se levanta y le da de beber a Camila.)*

ELODIA: *(Asustada.)* El diablo no descansa, ¿eh, queridas?

AURELIA: La hemos ofendido porque no somos capaces de saber vivir.

FLORENCIA: Ella nos enseñó a vivir y la vida así es como debe vivirse, como ella nos enseñó. *(Pausa. Asustada.)* Después de una sesión con el hermano Rumaldo, contaba Cornelia; el hermano Rumaldo era el espíritu con el que ella hablaba, le dijo, que había encontrado en el más allá el alma en pena de una amiga de ella; Carmela Moraila. Carmela le dijo al hermano que sus hijos se peleaban mucho, que se lo dijera a Cornelia para que hablara con ellos. Aquí *(se toca la cabeza.)* Tengo grabada la voz de Carmela meses antes de morir: “Se pelean mucho mis hijos, Cornelia, esa pena me la voy a llevar cuando me muera”. “Es que no los educaste con el Rodríguez y Galván”, le contestaba ella siempre tan serena, con aquella tranquilidad.

AURELIA: Cornelia buscó a los hijos de Carmela.

CAMILA: Fue hasta Batacudea a hablar con ellos para que le dieran descanso al alma de su madre. Ellos le comentaron que una noche también se les movieron los cuadros.

ELODIA: ¡Dios mío! ¡Sacratísimo corazón de Jesús, en vos confío!

CAMILA: Y les dijo también lo de las macetas.

FLORENCIA: Ah, pues allí en las macetas del portal les había dejado el dinero. Eso también le dijo el hermano Rumaldo.

AURELIA: Las gentes de antes siempre enterraban los centavos.

ELODIA: Pues mi abuelo, queridas, también sacó un entierro; mucho dinero, queridas, mucho oro sacó el viejo y lo volvió a enterrar. ¿Y quién supo dónde? Nadie, se murió con el secreto. Dicen los rancheros de mi pueblo, queridas, que el suelo que pisa uno está lleno de oro, que por todas partes se mira arder. Tobías mismo vio arder por allá

también; pidió un azadón prestado para escarbar pero mejor fue y lo empeñó, allí fue donde mi madre me lo puso por enfrente.

AURELIA: ¿Cómo fue que lo conociste?

ELODIA: Ay, querida, tantas veces te he contado, tantas.

FLORENCIA: Pero Mariana no sabe.

ELODIA: *(Descreída.)* ¿Y cómo no va a saber?

CAMILA: *(Le guiña el ojo a Mariana.)* No sabes, ¿verdad Mariana?

MARIANA: No tía Elodia, nunca me has contado.

ELODIA: *(A Mariana.)* Mira querida; el día que ajusté los cuarenta años me empecé a desesperar. Yo antes no me había desesperado nada, y ahí a los diyitas me fui a la tumba de mi madre y le dije, *(se recoge el vestido hasta los muslos y cae de rodillas,)* le supliqué a gritos: ¡Madre, madre, mándame un hombre madre; mándame un hombre madre! *(Se levanta con trabajos del piso.)* ¡Y que me va mandando un hombre mi madre! Ahí luego de eso conocí a Tobías, cuando llevaba a empeñar el azadón, y que luego luego me pide la mano y, querida, como yo ya me había empezado a desesperar, nos apalabramos luego y nos casamos; ya para la boda vinieron esos guitarreros que trajo tu padre...

AURELIA: *(Grita.)* ¡Señores, me llevan!

MARIANA: *(Canta.)* Para la villa de León...

CAMILA: *(Grita.)* ¡Señores, me roban!

MARIANA: *(Canta.)* La vida y el corazón...

ELODIA: ¡Ay, qué bonita familia la de ustedes, cuántas historias...!

FLORENCIA: Bueno Elodia acábanos de platicar, cuéntanos de tu luna de miel.

ELODIA: Ay, queridas, pues ustedes, queridas, que me dijeron que me fuera para Altamura teniendo que cruzar en barco para la isla...

MARIANA: ¿Y fuiste...?

ELODIA: Ay, querida, ¿cómo iba yo a subirme a un barco de ésos, siendo yo tan felicísima como era, con el hombre allí? ¡Qué tal, querida, que en medio del agua el barco se voltea, querida, y yo allí con el hombre, sin haberme desesperado y siendo tan felicísima como era, querida!, ¿eh? *(Pausa. Con amargura.)* Luego Tobías me fue sacando los ahorritos que tenía yo de toda mi vida y los centavitos que me habían dejado mis padres; que para poner un negocito, que para unas tierritas... hasta que me dejó sin cinco; y cuando me vio limpia me llevó con Cande, mi hermana, y le dijo: "Ahí te dejo a esta inservible buena para nada". Cande me abrió la puerta; pero yo no quise entrar y me fui detrás de mi marido. *(A Mariana.)* Mira, querida; tan felicísima que era yo antes de casarme y haberme mandado mi madre ese hombre. *(Pausa. Con amargura.)* Desde entonces lo sigo por todas partes, y lo busco, y sé que me trata con la punta del pie, pero allí voy a estar, cerca de él, viéndolo cómo se ahoga con la asfixia y consiguiéndole de tragar hasta que clave el pico y lo echamos bajo la tierra. *(Pausa.)*

AURELIA: Y así nos vamos a ir acabando todos en esta familia de hombres inútiles que nosotras hemos castrado. *(Pausa larga.)* Hay que acomodar las cosas: los cuadros, las flores. Recojan esos vidrios; hay que arreglar todo, esta noche tenemos que hacer nuestro juramento ya lo habíamos acordado. Mariana y Camila cuelguen los cuadros, y pongan bien alto el de Cornelia. Florencia, fíjate si está bien Manuela y traes el agua; Elodia y yo vamos por todo lo demás. *(Salen las otras, sólo quedan Mariana y Camila.)*

MARIANA: Tú me dices tía si queda derecho el cuadro. *(Lo recoge.)*

CAMILA: *(La agarra del brazo.)* Mariana, mi hijita, allá, afuera de esta casa hay otra realidad quizá con menos cuentos; otra forma de aprovechar la vida; la vida, supongo yo, no debe desperdiciarse. Las cosas están cambiando muy rápido, vete de aquí, sálvate, todavía estás muy joven.

MARIANA: *(Se zafa.)* ¿Qué quieres que haga?

CAMILA: Vete con Damián, él piensa de otra manera; si las cosas no se pueden cambiar aquí dentro no te dejes perder, sálvate.

MARIANA: Damián dijo que mamá Cornelia cuando murió se reía de todos nosotros.

CAMILA: ¿Y no es cierto?

MARIANA: *(Recoge el vestido de Cornelia y se lo pone por encima y se dirige al retrato de la abuela.)* ¿Qué te falta Ángel Martínez...?

CAMILA: ...El sentido común, Mariana.

MARIANA: *(Sin oírla.)* Guapo eres, dinero tienes... ¿qué te falta? Nada, nada. *(Sonríe muy complacida como si con la risa siguiera diciendo "Nada, nada". Deja el vestido dentro de la maleta junto con todas las demás cosas y la coloca sobre una cómoda. Cuelga luego el cuadro de Cornelia. Recoge el Manual de Urbanidad y lo deja sobre una mesita. Camila recoge todos los cristales rotos y cuelga los demás cuadros. Camila se siente desesperada interiormente.)*

CAMILA: Mariana, ¡Mariana!, estás muy a tiempo, todavía puedes participar de los cambios... la vida en este encierro no es tan fácil; yo ya estoy muy vieja, no sabría estar fuera de estas cuatro paredes; tú tienes que fundar una sociedad distinta con otras leyes más sensatas.

MARIANA: Por las ventanas, yo miro por las ventanas, yo miro por las ventanas cuando la gente pasa, van agachados, tristes, nadie sonrío; yo quiero reír, tía, la risa es sana.

CAMILA: No seas ciega Mariana, huye, vete. *(Entra Florencia con el agua.)*

FLORENCIA: *(A Camila.)* Camila, hay que recoger flores nuevas y como tú eres quien siempre quiere hacerlo...

CAMILA: Sí, yo voy. *(Va a salir.)* Hay luna llena. Mariana, todavía es temprano.

MARIANA: Sí, tía. *(Sale Camila.)*

FLORENCIA: ¿Qué quiere decir?

MARIANA: Nada, una locura que carga. *(Pausa.)* Tía, qué hiciste con la carta que estaba dentro del libro y que me dio mi tío para que yo la pusiera allí.

FLORENCIA: Aquí la tengo.

MARIANA: Dámela.

FLORENCIA: ¿Te la dio Eusebio...?

MARIANA: ¡Ese nombre tía!

FLORENCIA: ¿Estuviste con él?

MARIANA: Ayer fui a verlo al convento; hacía diez días que se había encontrado la carta y desde entonces no dormía, era como una aparición.

FLORENCIA: Así, hace un momento, vino y se fue.

MARIANA: Se encontró la carta en un breviario que fue del obispo Don Abelardo Sánchez, primer obispo de la diócesis de Batacudea. Esa carta nunca llegó a las manos de Cornelia; ella regresó después de haberlo visto, se encerró y no volvió a salir hasta que nació Manuela. Dámela.

FLORENCIA: ¿Para qué? *(La entrega.)*

MARIANA: Vamos a quemarla. (*Empieza a quemarla.*) Estas cosas que pueden poner en evidencia la figura máxima de esta casa, hay que desaparecerlas. El encierro de Cornelia en sus tres últimos meses de embarazo seguirá siendo un secreto tía, prométeme que nunca le dirás a nadie lo que el obispo le reveló a Cornelia; para ella, tan religiosa, debió haber sido terrible saber que él, un cura de apellido Sánchez, era su padre. Por todo esto tía hay que entender a doña Cornelia de Ibarra en su dureza y su triunfo: reía. ¡Claro que reía! ¿Me prometes guardar por siempre y para siempre el secreto?

FLORENCIA: Lo prometo.

MARIANA: Va a haber que poner orden en muchas cosas; se acabaron los silbatos, tía. Se acabaron. (*Florencia acepta con dolor.*) Supimos en Baldemar que las hijas de mi tío Tobías son dueñas de un antro de vicio en San Blas. Esto no es conveniente para el honor de la familia. Habrá que mandarlas matar, eso lo puedes arreglar tú con Juancho.

FLORENCIA: Sí, mañana.

MARIANA: Todo eso hay que pensarlo en el momento en que pasemos a jurar. (*Entra Aurelia con Elodia. Traen el incienso y unos espejos que distribuyen por todas partes. Luego entra Camila con las flores. Se disponen al rito también la luz de la aurora que va apareciendo en el horizonte.*) La castración del hombre en la familia tiene que ser importante, la figura de Cornelia al centro de todas las cosas, el Rodríguez y Galván como ley y norma; sobre él vamos a jurar. (*Mariana lo toma religiosamente y se lo entrega a Aurelia, quien lo abre y lee: "De las juramentaciones. Dase este nombre al ceremonial en donde los usos, las costumbres y las tradiciones se pueden llegar a fundamentar en una sólida promesa con un carácter elevado y serio, en el acto solemnísimos de jurar..." Cierra el libro. Lo ofrece como algo sagrado. Ellas tienden las manos sobre él. La luz se ha centrado en ellas y mientras entran a las juramentaciones, de la maleta en donde estaba la ropa de Cornelia salen ciento dos gatos negros que inundan con sus maullidos el escenario, mientras que las mujeres, unidas en una oración monódica, pierden la noción de la realidad.*)

T E L Ó N

